

**Angelo Guíñez Jarpa, *¡Sureños a las armas! 1813-1823. Cartas de batallas por la Hispanidad en Chile, Santiago de Chile, Grafica Metropolitana, 2020, 130 pp.***

Cuatro prologuistas abren el texto que ahora comentamos. Eduardo Téllez Lugaro, Manuel Ramírez, Miguel Ayuso y Patricio Lons. Un pórtico magnífico para describir las 13 viñetas en las que, mediante cartas de distintos milicianos, reflejan el espíritu tradicional que es al fin y al cabo un relato a contra corriente acerca de nuestra Gran Guerra Civil, la mal llamada Guerra de Independencia. Pues bien, como se explica en los autores precedentes, no hubo guerra contra España sino una guerra dentro de la monarquía española, lo cual es muy distinto. Este es un relato de los perdedores, hecho con donaire y resiliencia.

De ese modo este texto del escritor, ajedrecista y rockero Angelo Guíñez se transforma en la contracara de una interpretación que poco a poco se consolida desde la crítica a nuestro Bicentenario de la Independencia. Ocasión que sirvió para reajustar las visiones y mostrarnos que como decía Benjamín Vicuña Mackenna, de «Curicó al Sur» era todo godo, por decir español. Y dentro de esa resistencia Chiloé es el corazón, como Valdivia, Osorno, parte de Concepción y la Araucanía son las manos y cuerpo.

Es que hoy aparte de reconocerse como un conflicto civil, donde hubo muy pocas tropas españolas (Talavera en Chile), se recupera su esencia popular y ancestral como el imperio de las novedades. Es más que una contrarrevolución, porque es la resistencia viva de la memoria y de las tradiciones puestas en juego desde 1810 que tiene un programa que es el orden. Hoy en día, hay bibliografía que la describen como legitimismo popular, ajeno a las novedades que desde la modernidad se esparcen desde Francia. En todas partes de América, y no solo de Chile, la resistencia aparece asentada en la práctica y los usos, más que basada en grandes reflexiones teóricas.

Tratándose de un relato literario, no es ni pretende ser una historia militar. Es una historia novelada de afectos siguiendo el recorrido de las campañas realistas. Afectos enormes a Dios y la Patria transoceánica. Un lenguaje vernáculo y las más de las veces chilote, jalona el relato, haciéndonos sentir su raigambre inequívocamente criolla y chilena. Al parecer nadie recuerda a los vencidos, pero esto

no es cierto: el verbo de Guíñez los vuelve a la vida. Recupera así el tono popular, lejos de los «filósofos» pos 1810. A través de sus muchos alter ego, va eligiendo milicianos de todas las campañas entre 1813 y 1823. El primero de todos es Antonio Aguilar del Cazadores de Chiloé, cuya carta dice «Todos esperamos que este lío termine pronto, por lo que quiero pedirle que cuide de mis animales y de mi viejita que apenas anda». El relato humaniza al almirante Pareja, español, que dice en su exhortación antes de la toma de Talcahuano en 1813: «no peleéis sin acordaros de que en los campos de batalla resplandecen con mejor brillo las virtudes de los héroes, y economizad en cuanto sea posible la sangre preciosa de vuestros hermanos, parientes y amigos». Luego son otros hablantes que se reflejan en Guíñez: Sebastián Provoste del (Regimiento) Fijo de Valdivia, que van conformando el mosaico de los defensores de la monarquía colocados a nivel del pueblo a diferencia del historiador Fernando Campos Harriet, que en *Defensores del Rey* (Santiago, 1958) se dedica más bien al mando y los pro hombres de la causa del monarca.

Pasar del ataque a la defensa es breve. El almirante Pareja muere de enfermedad, y los leales son derrotados en Talcahuano y las familias deben refugiarse en Chillán. Al entusiasmo inicial surge la convicción de una lucha fratricida y larga, que devastara el Sur, frente a la guerra de los «nortinos», como se llama aún a los venidos de Santiago y del norte de Concepción.

La guerra desde ahí se vuelve dispareja, hay avance insurgente, derrota en Rancagua. Fin de la Patria Nueva y exilio de los independentistas a Mendoza. Ya sabemos, que desde allí volvieron cruzando los Andes, con la conducción militar del general José de San Martín. Y de todas maneras hubo necesidad de dos grandes batallas, Chacabuco y Maipú, para dirimir la cuestión. Pero el corazón del Sur siguió leal. Y se empezó a constreñir a Chiloé, protegido por el mar y acunado en sus frailes y familias. La «Republiqueta monárquica», como se la llamó entonces, resistió hasta 1826 junto al fuerte del Callao en Perú. La rendición de ambos marca el fin de la mancomunidad monárquica. Para entonces, las cartas van cambiando de lugar y de noticias, mueren los vecinos, los hijos de los conocidos mientras el Archipiélago lo da todo por el Rey, al borde del colapso: vida, haciendas, recursos e inventiva. El autor rememora este proceso,



cada vez más desesperanzador. «Al retirarse la segunda ofensiva, vi a muchos milicianos heridos y muertos por el fuego de la infantería enemiga. No sé si usted conocía al vecino Mardones de la panadería. Él fue uno de los caídos. También murieron los dos hijos del viejo Suarez de la zapatería» (p. 116). Y en medio de eso la asimilación lenta de una nueva hermandad con el Chile continental basada también en la fidelidad a la memoria. No en vano, postrar homenaje de la Isla, el himno regional de Chiloé dice:

«Tu flora y tu fauna son muy ricas  
tus montes con su eterno verdor  
abarcando mil leguas agrestes  
la bendijo cien veces mi Dios:  
Tus hermanas del norte te admiran  
por tu clima tu cielo y tu sol  
por valiente heroica y guerrera  
que fue el último reducto español».

Cristián GARAY VERA